

LA COMUNIDAD COLOMBIANA

Y SU

ESTRUCTURACION HISTORICA



Mayor RAMIRO ZAMBRANO C.

Las comunidades primitivas y su orientación colectivista. La civilización hispanoamericana como choque de dos culturas. La vida comunitaria colonial y la impregnación teológica del proceso vital. La guerra factor social de cohesión. Fluctuaciones incidentes sobre la comunidad colombiana. El "urbanismo", la angustia existencial y la quiebra de los valores tradicionales.

La familia, el matrimonio y el Estado, constituyen indudablemente los esquemas básicos sobre los cuales se estructura un grupo social, y surgen como producto de factores físicos, biológicos y sociales razón por la cual, y no obstante ser nuestro propósito el referirnos a los factores históricos

constitutivos de la comunidad colombiana, hemos también de aludir a aquellos, para lograr un análisis más objetivo del tema que nos hemos impuesto. Demanda, por tanto, este ensayo de aproximación histórico-sociológico, una incursión por los senderos que han trazado largos años de acaceres, en estrecha relación con consideraciones de contenido vario, que dentro de una unidad de tiempo —cercana ya a las cinco centurias— utili-

N. de la R.: Por invitación de ICODES —Instituto Colombiano de Desarrollo Social—, el autor pronunció una conferencia sobre factores históricos y sociológicos concurrentes en la integración de la comunidad colombiana, que reconstruye hoy exclusivamente para esta revista.

zando como escenario el habitat colombiano, en franca lucha entre el sentido tradicionalista y el impulso evolutivo del hecho social, han configurado las virtudes y los defectos que acusa al presente nuestra comunidad.

El hombre, es, ha sido y será, punto central y referencia básica en el proceso histórico. Por ello no intentamos sustraernos a la consideración biológica ni violar el ordenamiento cronológico, condiciones "sine qua non", para el análisis histórico, alrededor de un asunto, de contenido tan apasionante como la estructuración de una comunidad nacional.

En el amanecer de América.

Vivían nuestros antepasados, quizás una etapa primaria en el acaecer de las culturas; agustiniana y chibcha, y escogemos estas culturas como dos de las más representativas de nuestro acervo nacional, por razones que nadie desconoce, cuando la intrépida aventura de tres carabelas, sobrepasando el horizonte de lo conocido, plantó en tierras de América, con el estandarte castellano: lengua, religión y nuevos patrones culturales y morales, elementos que al fusionarse con los dialectos locales, el totemismo ancestral de nuestras tribus y las normas éticas de las comunidades primitivas, dentro del crisol etnológico continental, produjeron un nuevo tipo de comunidad, con estructuras rígidas, sentido casi místico de la vida y gran respeto hacia la tradición: la comunidad colonial.

Cuando la esperanza inflamaba las velas de tres barquichuelos para lle-

varlos hasta las costas de San Salvador, en un amanecer inolvidable de octubre de 1492, ya sobre esa geografía arisca que describe una línea caprichosa desde el área desértica de la Guajira hasta las selvas intrincadas de la amazonia, numerosas tribus poblaban los valles y los montes y entre ellas: las familias Caribe y Chibcha, configuraban auténticas comunidades locales, al impulso del gregarismo, el trabajo, las necesidades vitales básicas y la propia guerra. Permitasenos aquí insistir en el vocablo **comunidades**, por cuanto, tenían ellas organización social propia, que en el caso Chibcha poseía, en lo espiritual sus dioses como Chibchaçum, dios de los cercados del Zipa; y Chaquén, dios de las cosechas. La mujer, ese ser amable y delicado, que a decir Augusto Comte, "constituye uno de los ejes de la historia", había sido ya objeto de deificación, y al surgir en la inteligencia de los Chibchas una auténtica distinción entre el bien y el mal; Bachué, nacida de las profundidades de una laguna y Chia, la luna seductora, convertida en lechuza, encarnaban la representación de la divinidad femenina, buena aquella, mala esta.

La comunidad, que habitaba en construcciones pajizas de madera y bahareque, encerradas dentro de los cercados de un señor de vidas y haciendas —Zipa o Zaque—, tenía ya sus lastres; la chicha y el zumo de borrachera sus adeptos, y los inevitables beodos tambaleantes su dios propio: **Nencatacoa**, el Baco criollo, que —se nos antoja— en su actividad consola-

dora habría de tener algunas de las virtudes maravillosas del modernísimo **Alka-seltzer**.

El trabajo poseía sus divisiones primitivas, atendiendo a la distribución geográfica, al sexo y a la edad: producción salinera en Zipaquirá, Tausa, Sesquilé y Nemocón; explotación esmeraldífera en Somondoco; orfebrería en Guatavita; alfarería en Ráquira y Tunja; y la industria textil era patrimonio del sexo femenino. El derecho primitivo contemplaba la propiedad colectiva, de los inmuebles; la propiedad privada de los muebles, y un verdadero régimen patrimonial hereditario, que respetaba siempre como sagrados los templos y las aguas circundantes de las lagunas.

En suma: los indígenas que constituían la familia Chibcha y que a la llegada de los conquistadores llegaban a dos millones, a decir de Juan Freide, o solamente al millón, en concepto del recientemente desaparecido profesor Luis López de Mesa, constituían una cultura, basada en el sentimiento comunitario, distinguido por un fenómeno económico cocambista o de trueque, inicialmente, y luego de orientación marcada hacia el colectivismo; a "medida que se avanzaba en la escala del progreso social", como oportunamente lo anota Indalecio Liévano. ¿Y qué podríamos decir del arte y de la literatura en las comunidades primitivas?

Una respuesta categórica a este interrogante, nos la dan desde San Agustín y Tierradentro los vestigios de una estatuaria monumental, que aun cuando desproporcionada, hierética y

bestial, acredita la manifestación artística del pueblo primitivo, que quiso personificar la divinidad, con elementos y rasgos humanos; felinos y vegetales, y testimonia, en el tiempo, la existencia de una clase superior —verdadera casta— de sacerdotes escultores.

Las confederaciones tribales, al impulso de la guerra, acreditan también la solidaridad comunitaria, y la literatura —de tradición casi siempre oral— exhibe leyendas, como la del benévolo Bochica, entre los chibchas y la "canción de Juhira" "el río de las lágrimas", que —al decir de los Tunebos— es la historia de una princesa bella, noble y buena, que muere por amor y que, a su muerte, ocasiona tantas lágrimas al pueblo, que de ellas nace el río Juhira, "río de las lágrimas": Tema candoroso este, auténtica canción de la nostalgia indiana.

Lo que faltó a la comunidad primitiva.

El respeto a la persona, la búsqueda de un bien común y la obtención del beneficio mutuo, que ayer igual que hoy estructuran el sentimiento comunitario, fueron objeto de la sociedad primitiva colombiana, a niveles familiar, local y reducidamente regional, pese al incipiente desarrollo de la cultura y al panteísmo dominante, en lo religioso. Faltó si un factor de cohesión inter-regional, que permitiera la estructuración de comunidades mayores a la colectividad tribal. Desde entonces se hacía marcado el trágico determinismo de una geografía difícil y sus concomitantes: la falta de comunicaciones y la influencia del trópico,

que negó a nuestra civilización primitiva la importancia prodigada con largueza a los Mayas y a los Aztecas y, en grado menor, a la civilización Incaica.

Dos culturas que chocan y su producto: La civilización de Hispanoamérica.

El hecho histórico se produjo: España alcanzó las playas de un nuevo mundo y los caudillos que llevaban en su imaginación la sed de aventura y en sus venas toda la pujanza guerrera de quienes durante ocho siglos portaron la cruz contra el alfanje, llegaron hasta las arenas de estas latitudes. Y España envió a América tres tipos humanos diferentes: el conquistador, el colonizador y el misionero. Osado y cruel el primero, ávido de riquezas el segundo y humano y bondadoso el último, son ellos todos, la síntesis humana de cuanto Iberia entregó a un mundo que nacía. Para el conquistador y, en la primera época, para el colonizador, el primitivo poblador era un espécimen humano bárbaro y únicamente susceptible de servir en calidad de esclavo. Para quien portaba la cruz, la india no era solamente el instrumento útil a efecto de saciar la concupiscencia del conquistador, ni el indio el implemento de trabajo; ambos eran seres dignos de consideración y de respeto. Así lo sostuvo, desde el púlpito, el dominico Fray Antonio de Montesinos, cuando en la navidad de 1511 preguntaba a los expedicionarios: "Decid, con ¿qué derecho y con qué justicia teneis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué au-

toridad habeis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, (...) ¿Estos no son hombres? ... ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados amarles como a vosotros mismos? Y tras Montesinos, Fray Bartolomé de las Casas propugna por la caridad y por la igualdad, hasta establecer que "el único medio para cimentar la paz entre los indios y los españoles, es declarar que los unos son tan libres como los otros, y que todos componen una familia de hermanos unidos por los lazos de la humanidad" y exclama bien a menudo, en apoyo de su tesis: "todos los pueblos del mundo son hombres".

"Todos los pueblos del mundo son hombres": esta sentencia filosófica parece luego perderse entre el cruento discurrir de la conquista, las encomiendas, el latifundio y la excesiva tributación; pero se robustece en todo el valor de su contenido ético, cuando se estatuyen las leyes de indias, el régimen de los resguardos y se prohíbe el servicio personal. ¿Y qué línea siguieron los estatutos españoles respecto a la **comunidad** primitiva? La respuesta nos la da Guillermo Hernández Rodríguez, cuando anota: "Los reparos de tierras a los indígenas se hacían a través de sus caciques, como representantes de un grupo social que no podía ser otra cosa que un clan o una tribu. Los conquistadores no inventaron la comunidad; se limitaron a reconocer su existencia y a tomarla en consideración al ser organizada la vida colonial".

La calma colonial sobre los pueblos y las almas.

Terminada una época azarosa y cuando el conquistador cedió su paso por los destinos de América al colonizador, en buena hora la corona española —1591— dictó importantes reformas agrarias y tributarias, “repartiendo a los indios lo que buenamente hubieran menester y dándoles nuevas tierras, hasta lo que fuere necesario”. Nació realmente entonces la institución de los resguardos, en defensa de los naturales contra las pretensiones blancas, y —de otra parte— los cabildos y parroquias pasaron a constituir la célula medular, en torno a la cual giró la vida provinciana y casi bucólica de esos años de colonia, entre la hégida oscura de los Asturias y la iluminada trayectoria de los Borbones.

Una controvertida legislación social se implantó para solucionar en parte las desventuras originadas en la explotación desmedida del hombre americano por el hombre de ultramar.

Y no obstante, la falta de caridad de quienes debían ejecutar las leyes, pudo más que el contenido intrínseco generalmente bueno de las normas, y ante la ausencia de suficiente mano de obra, se destruyeron paulatinamente los resguardos, a fin de conseguir de esta manera un aumento en los brazos destinados a las grandes haciendas, mientras que la mita y la alcabala agobiaban el estrecho presupuesto familiar de los criollos, producto étnico de no distante apareamiento dentro del habitáculo local.

¿Pero cuáles fueron las características esenciales de la comunidad colonial? Esta fue en principio local y familiar. Pese a que la influencia española agregó a los factores sociales colectivo-instintivos nuevos valores, al sustituir el politeísmo primitivo por una sola religión, y al cambiar más de dieciseis dialectos por una lengua única, en la práctica pareció olvidarse una norma de caridad cristiana; el respeto a la persona. Era evidente que la educación había abierto dimensiones antes ignoradas, originando también modificaciones considerables en los productos sociales, familia y estado, pero el interés individual opuso la valla —a veces infranqueable del pragmatismo recalcitrante— frente a la búsqueda conveniente del bien común y el beneficio colectivo.

La vida comunitaria colonial transcurrió a escala limitada, alrededor de las pequeñas instituciones familiares, religiosas y políticas, convencionales desde la fundación de las primeras ecumenes. Las grandes distancias entre parroquias y capitales de provincia impidieron la configuración de núcleos político-administrativos mayores, real, física y espiritualmente cohesionados. Factores geográficos y climatéricos, aunados en mayor o menor grado al mestizaje, fueron creando formas biológicas diferenciadas y, dentro de una tradición parroquial, lograron estructurar su propia sicología para los provincianos de Tunja y de Cartagena; de Timaná y de Popayán; de Pasto y del Socorro; de Neiva y de Santa Fé de Antioquia. León Duguít anotó sobre

la solidaridad: "El sentido de la solidaridad es el fenómeno social que aglutina en torno a signos y símbolos de un pueblo, por similitud y por división del trabajo". Y si, ateniéndonos a este concepto, tratamos de encontrar la materialización de tal fenómeno en la época de la colonia, entre los habitantes de las provincias de Pasto y de Santa Marta, por ejemplo, hallaremos que fue este un hecho de dudosa, de muy dudosa entidad.

La cultura como factor de unidad, comienza empero a despuntar sobre la geografía del Virreinato de Santafé; los conventos y los colegios ven llegar su hora de florecimiento. La religión *domina el panorama naciente del arte*, y mientras en villas y en parroquias la incipiente arquitectura comienza y termina frente a la cúpula del templo; el ingenuismo de una pintura apunta con Gregorio Vásquez, encaminado al lienzo religioso; y la literatura, que apenas ha contado en la época conquistadora con la narración picaresca de un Rodríguez Freire, se sublima hacia la temática divina en la pluma de la madre Josefa del Castillo.

La teología, la medicina y el derecho, son las profesiones elegidas por los criollos ricos que tienen acceso a los centros culturales locales. No obstante la inquietud por los fenómenos físicos, botánicos y biológicos, que en buena hora impulsara el gaditano Celestino Mutis, florece en la apasionada investigación del "Humboldt americano", Francisco José de Caldas y Tenorio. Pero, contrarios a esta semblanza favorable son, infortunadamente, la

pobreza, el analfabetismo en una tasa superior al 90% y la falta de comunicación de masas que restringen considerablemente la proyección de los valores culturales a niveles óptimos.

No obstante, lenta pero inexorablemente, se acerca la cultura a determinados sectores sociales del virreinato y con ella las ansias de liberación, que traen aires extraños y sonoros; exóticos y apasionantes clamores de "Libertad, igualdad, fraternidad,..."

...Suenan los tambores de la insurrección. Se quiere al rey pero se busca una renovación en su gobierno. Surgen caudillos y tropas de independencia que vencen las distancias y que, tras un ideal, logran rápidamente aglutinar las comunidades regionales y consiguen en tres lustros una creciente interrelación social, nunca antes lograda en largos siglos de coloniaje.

La guerra: factor social de cohesión.

En este ya largo proceso de más de veinte siglos de discurrir humano, las guerras han sido controvertido factor de cohesión y de disgregación; principio y término de las ambiciones políticas y, en el caso específico que nos ocupa, fueron de 1810 a 1824, motor poderoso de unidad interregional, que tras un mismo ideal libertario unieron a granadinos, venezolanos, peruanos, ecuatorianos y argentinos, en un solo grupo de anhelos casi homogéneos, durante las cargas finales de Junín y de Ayacucho.

El genio de Bolívar, configuró entonces el más grande empeño comunitario que se hizo realidad, temporal-

mente en territorio suramericano. Pero la Gran Colombia fue una realidad a medias: existían el territorio, los habitantes, el gobierno, la religión, el idioma y la raza comunes; estaban los usos y las costumbres casi iguales; pero se carecía de identidad en los intereses y de solidaridad auténtica. Surgieron las concepciones caudillistas, y una vez más las montañas y la falta adecuada de medios de comunicación —triste determinismo de la geografía— echaron a tierra el edificio de la comunidad bolivariana, construido por un caraqueño iluminado, más para el reino feliz de la autopsia, que para la humana contingencia del egoísmo y la pasión.

La comunidad granadina volvió a las lindes geopolíticas trazadas conforme a los postulados del "uti possidetis juris" de 1810; muchos de los caudillos colgaron su espada, pero la concepción cristiana de la vida debió enfrentarse entonces a los principios utilitaristas de nuevas filosofías.

Los postulados de una comunidad regional americana, hallaron su ocaso en la no ratificación de los tratados del Congreso anfitriónico de Panamá de 1826 y en la desmembración grancolombiana, de 1829, casi en forma simultánea con la agonía del hombre-idea, que se llamó Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.

Fluctuaciones históricas Incidentes sobre la comunidad colombiana.

La historia, esa maestra de pueblos y culturas, ha dado al hombre colom-

biano determinadas características que, en época reciente, así delineó el profesor López de Mesa: "Por lo que la sociedad y la historia me están diciendo constantemente, entiendo que el producto de español y aborigen colombiano, chibcha sobre todo, tiende a una cultura en profundidad; la introspección, la reserva, la larga rumia de sus propósitos, la cortesía, la parquedad del gesto, la vocación por las profesiones de mayor sutileza, jurisprudencia, política, sacerdocio, artes manuales, su devoción a la tierra y a los partidos políticos más inclinados a la tradición, un no se qué de restricción mental y el escepticismo que siempre vigila, y mucho estorba a veces su pensamiento, son caracteres de una raza que mira principalmente hacia adentro, de una raza que tiende a una cultura en profundidad". (Hasta aquí López de Mesa).

Entre el pragmatismo individualista y la verdadera solidaridad, ha fluctuado por años el destino colombiano: las guerras civiles introdujeron al caudillismo; el sistema federativo de 1858 alejó la conciencia nacional, reduciéndola a las dimensiones estrechas de la provincia; Caro propugnó y logró un retorno a la unidad; la legislación social de 1936 dio nacimiento a las inquietudes sindicales, orientadas hacia una conveniente solidaridad gremial en busca de justicia social; y un esfuerzo bien dirigido, que trata de lograr la armonización entre hombre-capital y trabajo, —factores clásicos de la producción—, parece ser al presente la más adecuada política comu-

nitaria. Y en este proceso la dinámica social, ha estado sujeta al juego de fuerzas y sus correspondientes resistencias. En un platillo de la balanza el respeto, el bien común y el beneficio colectivo. En el otro, el utilitarismo exasperante de un individualismo ávido y desenfrenado. Al centro, el Estado como catalizador.

Pero la energética del hecho social, durante los dos últimos lustros ha dado un vuelco fundamental a los patrones valorativos tradicionales: el elemento determinante de la comunidad nacional ha dejado de estar únicamente "formado más de muertos que de vivos", como entendía Duguit. Los nacionalismos cerrados de tipo chauvinista tienden a desaparecer, al adquirir el hecho social características de trascendencia ecuménica.

En el pasado, el sentimiento comunitario colombiano fue forjándose con el sudor de los campesinos que descajaron a golpes de hacha Antioquia, el Quindío y el Norte del Valle, y que en "mingas" o "convites", abrieron trochas, levantaron iglesias y puentes y mejoraron los caminos.

Un período de crisis vivió el sentimiento de cooperación comunitario, cuando las promesas político administrativas de los líderes y la atomización de presupuestos en innumerables obras regionales, jamás concluidas por insuficiencia o falta de provisión de fondos, suplantó al esfuerzo colectivo provincial de los convites. Más tarde, la realidad económica de un Estado pobre, hizo volver los ojos a la labor co-

munal, hoy estimulada por el gobierno central y por los gobiernos seccionales.

Una inquietud debe empero asistirnos: ¿cuál es la situación real de las agrupaciones indígenas? ¿Deben ellas continuar dependiendo exclusivamente de la acción de misioneros y de la División de Asuntos Indigenistas del Ministerio de Gobierno, que sólo poseen escasos recursos a efecto de cumplir una misión positiva? ¿En el Caquetá, el Vichada, el Amazonas, el Vaupés, Santander, Magdalena y la Guajira existen seres casi totalmente aislados de la comunidad colombiana. Y en los territorios paeces aún se muere por hambre y con las hojas de coca entre los dientes!

El individuo, la sociedad y el Estado, han tenido sus estadios de influencia vital dentro de los sistemas político-económicos, y después del florecimiento del totalitarismo estatal y del individualismo, proyectados a todos los extractos sociales, influenciando aun a los representantes de la institución Iglesia, nos ha correspondido vivir el estadio de los sistemas colectivistas, edificados sobre la sensibilidad social. ¿Admitirán ellos el eclecticismo porque propugna Abel Naranjo Villegas en los siguientes términos?:

"La idea de individualidad, tan difícilmente lograda en la conciencia humana, tiende a borrarse por el impacto de lo colectivo. (... .) (Se trata de que la tensión individuo-sociedad, no naufrague arrojando su peso sobre el último término, como en el ápice del individualismo, fracasaba la sociedad absorbida totalmente por el indi-

viduo. Ahora al sociólogo le corresponde encontrar un equilibrio entre estas dos realidades ontológicas, salvando al individuo en lo social y a lo social en la integridad del individuo". (Aquí concluye Naranjo Villegas).

Hasta la vida diaria nos da ejemplo de que las corrientes individualistas exageradas tienden al fracaso, por desconocimiento de los sentimientos de sociabilidad, y los grupos homogéneos históricamente caracterizados por el más recio individualismo, sienten y buscan una conveniente integración hacia la colectividad.

Ejemplo de lo primero aparece en el ayer de esa gran familia Chibcha que habitó más allá de la gran planicie cundiboyacense, que en lengua Aimagá se denominó "Cundurumurca", o país del cóndor, y que sin poder alcanzar el grado de colectivización a los niveles superiores, que lograron Incas y Aztecas, se desmoronó fácilmente, como un castillo de arena, ante la presencia arrolladora de la civilización hispana.

Y como afirmación de lo segundo, se presenta la vida de un pueblo colombiano, el pueblo antioqueño, orgulloso, individualista y pujante, solitario en medio de sus montañas y en medio de su grandeza, que tradicionalmente se mantiene alejado, pero que —en un momento del devenir histórico—, cuando el desarrollo fabril sobrepasa las tasas de consumo regional, se incorpora total y exitosamente dentro de la comunidad nacional en un lugar de avanzada.

Al presente, el sentimiento cooperativo, encauzado y estimulado por el Estado, evoluciona hacia formas más perfectas, tales como la acción comunal, el cooperativismo y la defensa civil.

El desplazamiento de la población rural hacia áreas urbanas, o mejor, "el fenómeno del urbanismo", como lo apellida el padre Francisco Hourtat, Director del centro de investigaciones sociológicas de Bruselas, es una de las principales características del mundo actual. Pero tal fenómeno no implica solamente problemas de superpoblación, de superávit de mano de obra y de infravaloración laboral, sino que trae también incito y latente, un problema de deshumanización de caracteres alarmantes. La insolidaridad, la quiebra o sustitución de los valores éticos tradicionales y la angustia existencial, plantean en las ciudades que crecen a ritmos acelerados, nuevos problemas para la supervivencia de la comunidad colombiana.

La humanidad sufre de tedio; la enfermedad del siglo es la angustia, dependiente de factores externos como la inseguridad económica, y de fallas en la estructuración de la personalidad. Entre ambos producen resquebrajamientos, caminos expeditos hacia la desadaptación o la neurosis. Diariamente se reduce la distancia entre la normalidad y la anormalidad a un complejo de valoración, y paradójicamente, en el laboratorio de la inteligencia, los índices del proceso intelectual se simplifican a cifras en una escala matemática.

Los problemas existenciales que hoy confronta la humanidad, especialmente en sus generaciones más jóvenes, llámense estas de hippies americanos o de jovencitas de Bogotá, revisten pues —a nuestro entender— un algo más complejo que el hecho de determinar la longitud de faldas y melenas.

¿Es una quiebra de estructuras o quizás una crisis de valores, lo que sacude en sus bases este momento de la sociedad mundial y consecuentemente de la comunidad colombiana? ¿O, quizás sería más cuerdo afirmar que es el hombre quien se halla en crisis, que la persona humana se encuentra inmersa en un ambiente técnico, que la dirige, orienta sus gestos y sus aspiraciones y trata en balde de satisfacer sus exigencias cada día mayores?

La publicidad y los medios de comunicación de masas estimulan el apareamiento de nuevos deseos, mientras que la insatisfacción crece, y se traduce en inquietud e inseguridad por la ausencia de ideales y por la incapacidad para tomar conciencia sobre la vastedad de los destinos del hombre.

¡La falta de ideales, torna quizás caducas todas las estructuras convencionales, y la insatisfacción de lo que se tiene, y el desconocimiento de lo que se desea, lanza las juventudes hacia las barricadas, como expresión de repudio a lo que se tiene, como aventurado proemio de lo que deberá venir! ¿Pero, qué deberá venir?

Alguien creía percibir las causas de la crisis cultural y psicológica europea que, a la verdad es la crisis del mundo, sintetizándolas en tres grupos:

“ambiente o campo humano metrópolis gigantescas donde las relaciones humanas se han vuelto mezquinas; cultura convertida en industrial cultural, que ofrece el producto demandado por el mercado y que, por lo mismo, se halla en condiciones de acelerar las actitudes y los comportamientos deshumanizantes; asimilación errónea de los descubrimientos técnicos y científicos, con lo que el hombre termina de alejarse aún más de sí mismo.

¿Y cómo poner remedio a todo esto? Un distinguido profesor de la Universidad de Bolonia, así concretaba la terapia más indicada hace ya dos años, durante un ciclo de conferencias en los añosos claustros de Pavia:

- 1º — Crear conglomerados urbanos y urbano-industriales a escala humana, mediante criterios económicos y urbanísticos;
- 2º — En ese ambiente reconstruir la persona humana, mediante una reconstrucción cultural y un reajuste en los medios de comunicación de masas; y
- 3º — Modificar nuestra actitud ante la ciencia y la técnica, de tal manera que hagamos de ellas instrumentos válidos para un enriquecimiento positivo del hombre.

Frente a esa quiebra de los valores convencionales, originada en la lucha, humanismo versus técnica, podrá hallarse el justo término capaz de revaluar los valores éticos comunitarios en un campo tan vasto, en donde tienden a desaparecer las fronteras interestatales, al paso de una ciencia que busca

mercados y que estimula necesidades nunca antes sentidas.

En 1492 se llegó a América y en 1969 a la luna. Cuando las primeras factorías coloniales se establecieron en nuestro continente, —perdónesenos el retruécano— la humanidad era más humanitaria. ¿Cómo será ella cuando se produzca el asentamiento de las primeras comunidades sobre la superficie selenita?

BIBLIOGRAFIA:

- Fray Pedro de Aguado: "Recopilación historial", Biblioteca de la Presidencia, Bogotá, 1956.
- Lucas Fernández de Piedrahíta: "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada", Bogotá, 1851.
- Juan Friede: "Invasión al país de los Chibchas", Bogotá, 1944.
- Indalecio Liévano Aguirre: "Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia", Editorial La nueva Prensa, Bogotá, 1960.
- Luis Enrique Osorio: "Visión de América", Bogotá, 1960.
- Abel Naranjo Villegas: "Sociología colombiana", Bogotá, 1954.

Papelería

Lumen
Ltda.

**PAPELERIA
UTILES DE ESCRITORIO
EQUIPOS DE OFICINA**

**CALLE 16 No. 9-31 — TELEFONOS:
34-30-55 — 34-31-15 — 34-70-08**

BOGOTA, D. E.